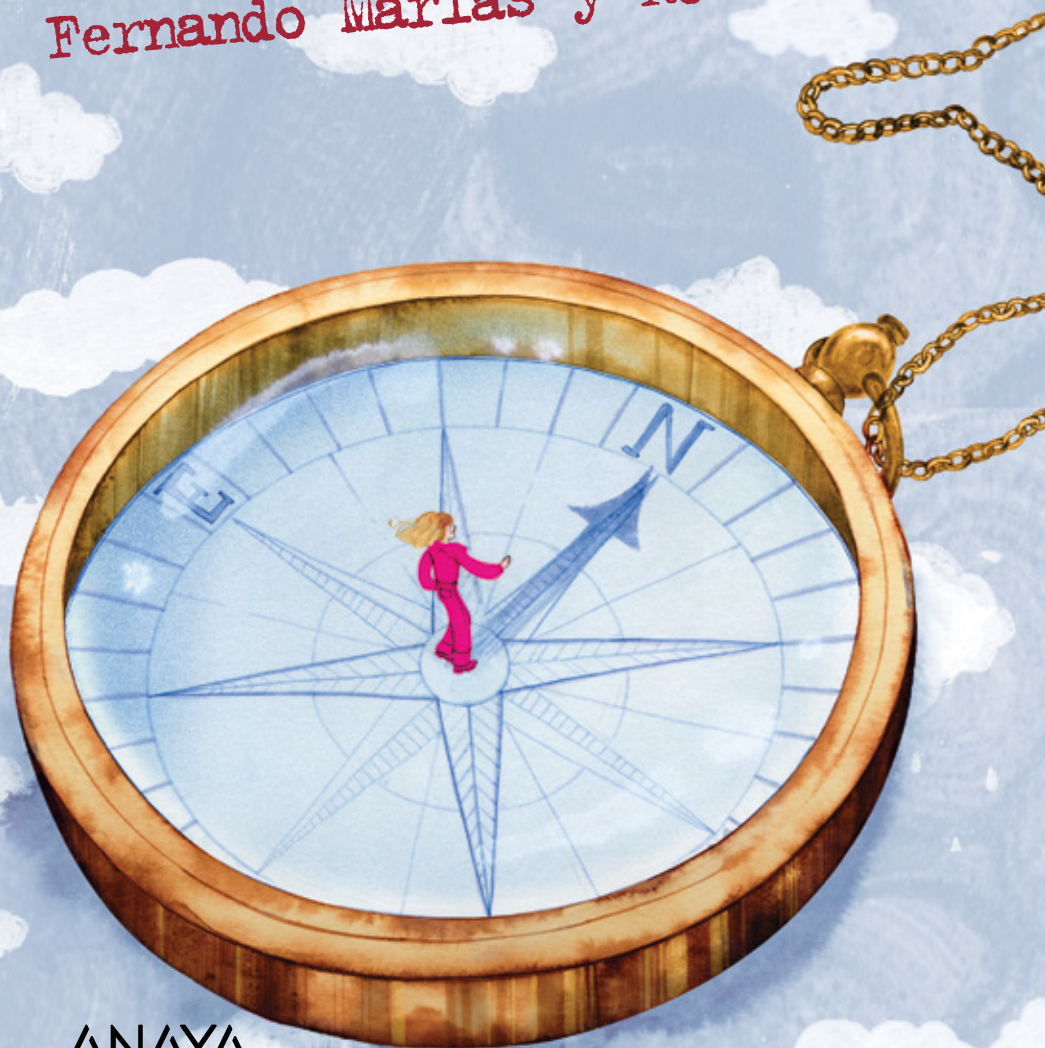


Al otro lado de la brújula

Mapa de rutas literarias

Fernando Marías y Rosa Masip



ANAYA

Al otro lado de la brújula
(Mapa de rutas literarias)

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
que está a disposición del profesorado en nuestra web.*

1.ª edición: septiembre 2021

© Del texto: Fernando Marías y Rosa Masip, 2021
© De la ilustración: Raquel Aparicio, 2021
© Grupo Anaya, S.A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez



ISBN: 978-84-698-8566-6
Depósito legal: M-19570-2021
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Al otro lado de la brújula

Mapa de rutas literarias

Fernando Marías
y Rosa Masip

Ilustraciones
Raquel Aparicio

ANAYA

Índice

1. Mary y el valle de los románticos	11
2. Los peces rapsodas de Juan Ramón	46
3. Caravana a Sad Hill	87
4. Machado y la luz de Colliure	132

*Gracias a la agencia de viajes culturales
Diodati se mueve, por la inspiración.*

Este libro está dedicado a Violeta.

1. Mary y el valle de los románticos

*Nada contribuye a tranquilizar la mente como un propósito firme,
un punto en el que pueda el alma fijar sus ojos intelectuales.*

Mary Shelley

I

¿Un lago legendario a tan solo 107 kilómetros de Madrid? Con monstruos, escritores románticos, espectros góticos...

El autobús abandona la autopista y enfila una carretera secundaria. Árboles, vegetación y rocas van adquiriendo protagonismo. Asoma de forma intermitente, por los azarosos ángulos de visión que van dibujando las curvas del paisaje, la gran masa de agua hacia la que el grupo se dirige.

Montse, acomodada en el asiento del guía, se gira y alza la voz hacia sus alumnos:

—Atención. Estamos llegando. Y antes me gustaría haceros una pregunta.

Desperdigados por los asientos, los chavales apenas la han escuchado. Hablan entre ellos o juegan con el móvil y la mayoría tararea la canción que Violeta, desde el último asiento, canta inspirada por la alegría del viaje.

Montse toma el micro y pide al conductor que lo conecte. Espera a que concluya la canción y habla de nuevo, reforzada

por la megafonía y en tono humorístico de presentadora de espectáculo musical:

—¡Un fuerte aplauso para vuestra compañera Violeta, que nos ha amenizado el viaje con su voz!

Los chicos aplauden y silban con júbilo. Violeta, agradecida, se alza y hace una tímida reverencia.

—Os decía —continúa Montse— que tengo una pregunta. Aquí va: ¿qué es para vosotros viajar?

La veloz batería de respuestas no se hace esperar:

—Ir a un sitio que te gusta.

—Recorrer el mundo.

—Ir al pueblo de mis abuelos.

—Explorar lugares desconocidos.

Montse levanta la mano libre para aplacar la algarabía y responde:

—Sí, todo eso. Pero además es aprender, alimentar el espíritu, dejar libres los sentidos, incluso crear recuerdos para regresar después a ellos con la imaginación. Me gustaría que viviéramos estos días de naturaleza y literatura con los ojos de ciertos viajeros del pasado que fueron muy especiales: los poetas románticos del siglo XIX. Se movían por el mundo a su manera, libres, y luego lo escribían. Sus crónicas eran distintas a las que existían hasta entonces, más estéticas, más sensoriales. Antes que ellos, en la época de la Ilustración, viajar era un privilegio de los ricos. Complementaban así su educación. Pero los románticos, jóvenes y rebeldes, querían dictar sus propias reglas y para conocerse a sí mismos contemplaban el mundo y la naturaleza, que era muy importante para ellos. Cuando llegaban a un lugar nuevo se dejaban llevar por las sensaciones, sin prejuicios. Eso quiero que hagamos nosotros estos días, disfrutando en compañía de una anfitriona muy

especial: nada menos que la novelista romántica inglesa Mary Shelley.

—¿Pero no estaba muerta? —bromea Héctor, uno de los chicos.

—Hay escritores inmortales —aclara Silvana, otra de las compañeras—, a ver si nos enteramos. Pocos, pero los hay.

—La primera obra de Mary —continúa Montse— fue una guía de viajes, *Historia de una excursión de seis semanas*, aunque por supuesto su libro más famoso es *Frankenstein*, la novela que estamos leyendo en clase. Frankenstein y Mary, puede decirse, serán nuestros anfitriones este fin de semana. Ahora, permitidme que os presente a Mary Shelley. Daniel, procede.

Daniel, sentado en las primeras filas del bus, es el alumno encargado de la documentación. Teclea a toda velocidad en su móvil y envía una imagen al grupo de wasap de la clase creado esa misma mañana, antes de partir. Todas las miradas descienden hacia los respectivos teléfonos y estudian el retrato de Mary, que sostiene una pluma de ganso sobre el gran cuaderno en el que parece disponerse a escribir. Violeta se siente atraída por esa mujer de rostro lánguido, pelo rojizo y hombros desnudos cuya piel muy blanca resalta ante el tono oscuro de su vestido. Con la cabeza inclinada hacia el cuaderno, Mary eleva la mirada hacia el espectador, no se sabe si con dulzura o tristeza. A Violeta esa mirada le hace pensar en su madre. En su dulzura, rota por la tristeza de los últimos tiempos.

—Mary, con solo dieciocho años —continúa Montse—, creó al doctor Frankenstein e inventó el género de ciencia ficción. Seguro que varias cosas le impulsaron a escribir su novela: el afán de contar historias, su interés por los sentimientos del corazón humano, la inquietud que sentía ante los avances científicos. Pero la razón principal fue, fijaos qué sorprendente, la erupción

del volcán Tambora que tuvo lugar a miles de kilómetros de donde ella se encontraba.

Las expresiones de curiosidad se multiplican por los rostros. Montse, sabiendo que ha captado la atención, hace una señal a Daniel, que teclea en su móvil y comparte con todos la información que encuentra.

—Volcán Tambora —lee en voz alta—. Situado en la isla de Sumbawa, Indonesia. Tiene 2850 metros de altura y su erupción fue... ¡la mayor de la historia! Antes del estallido su altura era de 4300 metros, o sea que saltaron por los aires... Bueno, 4300 menos 2850, los que sean... La explosión se oyó a más de 2000 kilómetros, hubo muchos muertos, un tsunami, grandes calamidades. Y también provocó... ¡un invierno volcánico!

—En algunas ocasiones ocurre este fenómeno —aclara Montse—. La erupción cambia el clima. Así pasó con el Tambora. Lanzó tal cantidad de ceniza al aire que formó una gran nube entre la Tierra y el Sol. Parece increíble, pero es verdad. Descendieron las temperaturas durante meses. El año 1816, y esto es lo que a nosotros y a Mary nos interesa, sería conocido como el año del verano sin verano.

—Otros casos famosos. —Se apasiona Daniel, ajeno a la explicación de la profesora—. El volcán Toba, también muy bestia. Hace más de 70 000 años, año arriba año abajo. Y este de Perú, el Huaynaputina, provocó en el año 1600 un invierno excepcionalmente frío en Rusia. Qué fuerte, entra en erupción un volcán en Perú y causa hambruna en Rusia...

—Y hace doscientos años —encauza Montse de nuevo el tema— entra en erupción el Tambora y nosotros, como consecuencia directa, nos encontramos hoy en este autobús camino de saberlo todo sobre Frankenstein. Esta noche conoceréis la

relación entre el volcán, Mary y nosotros. Pero ahora, atención, que hemos llegado.

Daniel saca de su mochila una carpeta y avanza por el pasillo repartiendo el programa con las actividades que les esperan y un mapa de la Reserva Natural Valle de Iruelas, objetivo final de su viaje. Montse ha creado el mapa con ayuda de René, la profesora de plástica y teatro, imitando el estilo y tono amarillento de los pergaminos cartográficos antiguos. En el dibujo puede reconocerse el valle, las montañas, el lago y la estrecha carretera central con casitas separadas entre sí. Las distintas ubicaciones han sido señalizadas con sugerentes nombres que evocan la literatura del Romanticismo: el Lago de las Lágrimas, el Bosque-Corazón de Percy, la Guarida del Monstruo, la Casa Muerta, la Fuente de la Eterna Juventud, el Puente de los Susurros, la Playa de las Sombras Enamoradas, la Piedra-Barco del capitán Walton...

¿Qué querrá decir la Piedra-Barco del capitán Walton?, apunta Violeta en el cuaderno que siempre lleva consigo, cargado de caóticos apuntes para futuras canciones, futuros guiones de cine y televisión y cosas que todavía no sabe qué serán pero que sin duda, está convencida, serán algo algún día.

En este viaje ha decidido escribir un diario de la aventura, su propio libro de viajes, igual que tiempo atrás hizo Mary.

—Chicos, chicas... —exclama Montse—. Ya veréis qué lugar más maravilloso. Mirad cuántos pinos... De ellos se extrae la resina. Las casas donde vamos a dormir formaban parte del antiguo poblado de resineros, hoy convertido en complejo rural. Podéis visitar todas las casas menos una... —hace una pausa para generar expectación—. Esa que hemos llamado en nuestro mapa la Casa Muerta. Ahí mejor que no os acerquéis, sobre todo al anochecer. Está ocupada por alguien

muy especial que no quiere visitantes. Y ahora sí... ¡Adelante, abrid los sentidos!

Violeta, mientras los demás descienden del autobús, busca en el mapa la ubicación de la Casa Muerta y la rodea con un círculo de tinta, resuelta a visitarla lo antes posible. ¿Quién será ese personaje misterioso que la habita?

Montse, en un aparte, le pregunta:

—¿Violeta, te encuentras cómoda con el grupo? ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes, me siento muy bien, son todos muy cariñosos.

—Si hay algún problema, que seguro que no, me lo dices. Ve con ellos, ahora voy yo.

Violeta baja del autobús y aspira una bocanada honda de aire. Le parece sabroso, tan puro y limpio que siente un agradable picor en la nariz. En el acto le sorprende el silencio, muy difícil de escuchar en la ciudad. Ella lo busca a veces, por ejemplo, los domingos por la mañana, cuando hay menos tráfico y movimiento. Se esfuerza, pero es inútil, enseguida percibe ruidos muy leves, como el zumbido de la nevera. Aquí, sin embargo, el silencio se oye. Incluso los sonidos que podrían emitir sus compañeros han sido absorbidos apenas se alejan unos pasos hacia el interior del valle.

II

El trazo grueso gris dibujado en el mapa y bautizado como Carretera del Destino es, en la realidad del valle, una solitaria carretera asfaltada de la que parten sinuosos caminos hacia las casas de piedra. No se ve a nadie. Sin embargo, tampoco

resulta inquietante encontrarse allí. La soledad acoge, invita a adentrarse en ese santuario de naturaleza.

Con sus mochilas al hombro, los chicos caminan por la carretera, cautivados por el apabullante escenario natural. Tras dejar atrás la explanada de recepción del hotel rural, les impresiona la ermita en lo alto de una pequeña colina al comienzo del poblado. Descubren también el edificio de la antigua escuela, una destilería clausurada tiempo atrás, un molino y hasta un espacioso gallinero, desde el cual las gallinas parecen sentir curiosidad por los caminantes.

A lo lejos, un grupo de jinetes sale apaciblemente del viejo establo transformado en hípica y forma una fila india que se pierde en el horizonte. La estampa de los caballos es la frontera hacia un mundo distinto del que quedó en la ciudad, con altas laderas montañosas pobladas de pinos, además de muchos otros árboles de diferentes especies.

Violeta, algo rezagada, descubre la gran cantidad de zarzales repletos de riquísimas moras y hacia allí se lanza. Los árboles cercanos están también cargados de frutos, hay higos, nueces y almendras, pero cuando ha llenado los bolsillos de moras se da por satisfecha y corre a reunirse con sus compañeros, en las casas que les han asignado.

Están construidas en piedra y madera, con un número en la puerta que las identifica. Cada una alberga de dos a cuatro habitaciones repartidas entre la primera y la segunda planta abuhardillada, a la que se accede por una empinada escalera. En las paredes hay fotografías en blanco y negro enmarcadas, obviamente muy antiguas. Muestran a hombres, mujeres y niños en esas mismas casas o en lugares del valle que han visto mientras caminaban. Rostros muy expresivos, como asustados de la cámara, que despiertan la imaginación de los chavales.

—¿De qué tendrían miedo? —pregunta Silvana—. Tal vez había lobos en los alrededores. Ufff, quedarse en estas casas, cercados por lobos al acecho...

—O zombis —apunta Isaac, otro de los compañeros—. Aunque los zombis son más de ciudad, como yo. Y mira, aquí estoy.

Sobre la mesa del salón, junto a la chimenea que alguien ha encendido previamente, hay un ejemplar de la novela *Frankenstein o el moderno Prometeo* y al lado un papel blanco rectangular con un texto escrito a mano.

*Mary Shelley y el doctor Frankenstein
se complacen en invitarles al
cóctel vampírico de bienvenida
que tendrá lugar a las 19:00 h en
la Fuente de la Eterna Juventud.*

Se ruega puntualidad y vestuario de estética romántica.

III

—No sabes cuánto echo en falta un amigo con el suficiente sentido común para no despreciarme por romántico, y cariño de sobra para tomarse la molestia de poner mi mente en orden.

Violeta, aunque se encuentra sola, lee en alto estas palabras de su usado ejemplar de *Frankenstein*, saboreando su significado o el sonido que han adquirido pronunciadas por su voz. Son palabras que Mary puso al comienzo de su novela, en la segunda de las cartas que escribe a su hermana el capitán Walton.

Le encanta este personaje, poeta fracasado y joven intrépido que cuando recibe una inesperada herencia arma un barco con

toda su tripulación y parte hacia el Polo, esperando hallar en el límite último de los hielos del norte la respuesta a preguntas que ni siquiera sabe muy bien cuáles son. Poeta, viajero y romántico: lo tiene todo...

Violeta ha venido hasta la enorme piedra llamada en el mapa la Piedra-Barco del capitán Walton, ataviada al estilo romántico para acudir después al brindis. Lleva un vestido de gasa color añil bordado desde los pies hasta lo alto del cuello y forro largo con escote en forma de corazón. Lo ha complementado con una curiosa brújula dorada que lleva colgada.

Toma una mora de la bolsa que ha traído consigo. Están deliciosas y quiere que sus compañeros las prueben en el brindis. Sus pies, descalzos sobre la tierra, mantienen aún el frescor del lago. No ha podido resistir la tentación de mojarlos en la orilla para impregnarse del espíritu del agua.

Recuesta la espalda en la piedra, que le parece tibia y acogedora, cargada de energía que atraviesa la tela. Se dispone a seguir leyendo cuando, al elevar la vista, descubre, unos metros más allá, la figura de un joven esbelto que mira hacia el horizonte del lago. Tiene alzado su brazo derecho en actitud épica, como si sostuviera una antorcha olímpica o una espada mitológica, ambas invisibles, y viste pantalón negro y levita hasta medio muslo de color verde botella. Le recuerda al personaje de uno de sus cuadros favoritos, *El caminante sobre el mar de nubes*, también muy representativo del Romanticismo, en este caso alemán. Violeta descubrió que Caspar David Friedrich lo pintó en 1818, el mismo año en que se publicó *Frankenstein*.

El héroe romántico en la cúspide de la gran piedra comienza a girar sobre sí mismo, todavía con el brazo bien alto. ¿El capitán Walton?, fantasea Violeta.

—¡No hay cobertura! ¡No hay cobertura! —grita Walton, desesperado, hacia la lejanía del lago.

Es Daniel, buscando cobertura con el móvil en la mano. Apenas ve a Violeta, corre hacia ella. Hay que reconocer que su disfraz, con chaleco gris atravesado por la cadena de un reloj de bolsillo, da muy bien el pego. Solo el lazo al cuello parece un poco raro.

—¿Tú tienes cobertura? —se lamenta Daniel—. ¿Me prestas el móvil? Tengo que hacer un directo para mi canal.

—Lo he dejado en la habitación. Con todo lo que hay que ver por aquí, cómo iba a traer el móvil... —le lanza, por si capta la indirecta.

—Ya, pero mis seguidores esperan que cuelgue cosas en mi canal. ¡Y mis seguidores no perdonan una! ¡Y ya mi patrocinador, ni te digo! Le prometí colgar dos vídeos al día. ¿Eso son moras? ¿Puedo?

Violeta, aunque las quería preservar para el brindis, asiente.

—¿No es un poco rara tu corbata? —le pregunta.

—Es la tira que ceñía la cortina de la habitación —se lamenta Daniel mientras agarra un buen puñado de moras que deja la bolsa temblando—. Fíjate, ahora mismo grabaría un vídeo mío comiendo a cámara lenta. Para mi sección Gastronomía *cool*.

—Eres la primera persona que conozco con patrocinador.

—El patrocinador es mi padre, tiene una pequeña agencia de viajes, Los viajes de Ulises. Le ha echado una mano a Montse en este viaje. Por cierto, ¿es verdad que Montse es tu tía?

—Sí. Voy a estar con ella este curso.

—O sea, que puedes tener información confidencial para los exámenes.



Violeta le hace un cómico guiño de desaprobación. Daniel le echa una admirativa mirada.

—¡Oye, qué vestido! Pareces una actriz del cine mudo. ¿No te da miedo mancharlo?

—Es un vestido profesional, de cuando mi madre hacía teatro. Si se mancha lo lavo. Me sirve para todo: para carnaval, para cuando me da por cantar ante el espejo... Es una especie de herencia anticipada. Como esta brújula. Es sumergible, ¿sabes? —Violeta se ha puesto la brújula como un adorno más, pero ahora siente que tiene un magnetismo particular—. La cogí de la vitrina de casa porque parece una joya antigua. Además, en su primera carta, el capitán Walton explica que quiere averiguar el secreto del imán, el secreto que mueve la brújula.

—Pues sí que parece una joya... —dice Daniel—. A lo mejor tiene una historia detrás. ¿Tus padres no te la han contado?

—Mi madre no está para contar historias —responde Violeta un poco incómoda, y cambia de tema señalando a un pájaro que acaba de posarse sobre la piedra—. ¡Mira, un pardal!

—¿Un qué? —pregunta Daniel, girándose hacia el pájaro.

—Un gorrión. Perdona, que lo he dicho en catalán. Es que mi madre, con una canción, me enseñó el nombre de los pájaros en los dos idiomas. Me los sé todos.

—¿Ah, sí? ¿Y también sabes reconocer ese canto tan raro? —aguza Daniel el oído.

—Es el graznido de un cuervo. En catalán es *corb*.

—Esta habilidad tuya puede valer para mis vídeos. Por cierto, mañana en el lago tengo pensado uno chulísimo. Imagina: la superficie del agua en paz y, de pronto, emerjo yo desde el fondo en directo. ¿Crees que habrá cobertura?

—Me han dicho que debajo del agua sí, que debajo del agua hay seguro.

Montse, esforzada profesora de literatura que atraviesa un complicado momento familiar, organiza para sus alumnos una original convivencia en el valle de Iruelas inspirada en Mary Shelley y los poetas románticos de Villa Diodati.

De ahí parte esta novela de viajes y aventuras que sigue las huellas de Juan Ramón Jiménez en un balneario decimonónico o de Antonio Machado en su huida hacia Colliure, al finalizar la guerra civil española. Asistimos también a una singular batalla de gallos entre los poetas del Siglo de Oro: Quevedo, Góngora y Lope de Vega, transportados por el arte de la imaginación hasta el escenario de una película legendaria.

Y, ante todo, esta novela relata el viaje interior de Violeta, una joven capaz de enfrentarse a sus problemas mediante la intuición creativa, representada en el peculiar amuleto que siempre lleva consigo.

Las dos protagonistas se unen a otros «viajeros diodatianos» para promover una agencia de viajes especial, cuyo objetivo es mirar el mundo a través de una sensibilidad artística solidaria, respetuosa con la naturaleza y enamorada de nuestra geografía.

Sí, Violeta, la brújula eres tú.

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1562543

ISBN 978-84-698-8566-6



9 788469 885666